

EN TORNO A UNA CULTURA ARGENTINA  
*conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Universitarios el 1º de  
noviembre del 2011*  
por Juan Luis Gallardo

El asunto que voy a desarrollar está sembrado de equívocos y de conceptos que requieren aclaración antes de avanzar a su respecto. Procuraré entonces ir dilucidando esos equívocos y formulando esas aclaraciones para arribar, finalmente, a un par de conclusiones razonables, aunque quizá no muy asertivas que digamos.

I

El primer punto a dilucidar consiste en establecer qué es la cultura. Los funcionarios de las reparticiones oficiales dedicadas al tema afirman que “cultura es todo”, para dilatar así el área de su competencia asimilando la cultura a la vida. Con lo cual incluyen en el ámbito cultural los cuadros, los conciertos, la poesía, pero también las marchitas de las murgas en carnaval, los insultos de las tribunas domingueras y las inscripciones chanchas de los mingitorios ferroviarios.

A mí no me convence tal concepción de la cultura. Entre otras cosas porque las definiciones demasiado amplias no definen nada. Procuraré entonces ajustarme a un criterio más limitativo y más útil al efecto de aclarar el caso. Así empezaré por señalar que el término cultura tiene origen romano y se vincula con el cultivo de la tierra, en su acepción agraria, chacarera. Y, como los romanos eran gente seria, parece prudente analizar el sentido otorgado por ellos a la palabra, con intención de empezar a tratar el tema por el principio. Tarea que me animo a emprender fundado en el hecho de haberme criado en el campo, cerca de la

estación Pirovano, partido de Bolívar, provincia de Buenos Aires, zona agraria si la hay.

Hemos de advertir, por lo pronto, que el cultivo de la tierra supone, siempre, trabajo, refinamiento. Y que aquel que no ha sido cultivado es campo bruto. Lo cual excluye del área de la cultura las manifestaciones que no sean producto del trabajo y el refinamiento. De modo que cultura no es todo.

Además, conviene reparar en que nadie cultiva yuyos ni plantas dañinas como el chamico, el abrepuño o el sorgo de Alepo. Detalle que viene a excluir las expresiones puramente espontáneas (yuyos) y muy especialmente aquellas que sean aberrantes (plantas dañinas).

Observamos asimismo que en todas partes del mundo se siembra y se cosecha en determinadas épocas del año. Y que las formas de labrar la tierra son análogas, de modo que los arados que empleaban los egipcios no eran muy distintos de los que utilizaban los aztecas. Circunstancia que informa sobre la existencia de una cultura universal, patrimonio de la especie y fruto del refinamiento del espíritu humano. Sin perjuicio de resultar la misma modificada por las singularidades propias de cada pueblo, de la misma manera que el clima y la calidad del suelo influyen sobre la agricultura de cada lugar del planeta, modificándola.

Resumo, entonces:

- 1) La cultura, siendo labranza, supone trabajo, refinamiento.
- 2) Como nadie labra la tierra para sembrar malezas o multiplicar plagas, excluye las manifestaciones puramente espontáneas o aberrantes.
- 3) Por cuanto los

métodos de labranza son análogos en todo el mundo, se deduce que hay una cultura universal, patrimonio de la especie humana. 4) Sin perjuicio de ello, tal cultura universal se va especificando en virtud de la Historia, el genio de la raza, el temperamento y la geografía de los distintos países, hasta dar lugar a la propia de cada nación.

## II

Asentado cuanto antecede, ha llegado el momento de preguntarse ¿se puede hablar de una cultura argentina, de una cultura nacional argentina? No lo sé, Al menos no lo sé con certeza. Pues la nuestra es una cultura ambigua que, al principio, fue la de España y, después, una cultura mimética, que procuró imitar las de Francia e Inglaterra. Pero ocurrió también que la cultura de España no la recibimos como un conjunto homogéneo que se mantuvo inalterable, sino que fue absorbiendo elementos locales que la modificaron (los rudimentos culturales indígenas, la influencia del clima y de la organización social) imprimiéndole perfiles propios (el barroco americano, la arquitectura colonial, el arte jesuítico). Y ocurrió también que esa cultura mimética que mencioné no fue completamente imitativa ni mucho menos.

Respecto a esto último resulta un ejemplo gráfico el de la llamada *Generación del 80*. Amada por los liberales o criticada por los nacionalistas. Y que, a mi entender, no debe ser amada ni criticada en exceso o, al menos, no debe ser ensalzada ni denigrada sin formular salvedades fundamentales. Y que, en lo que atañe a nuestro tema, es cierto que miró mucho a Europa pero también es cierto que resultó muy argentina y que tuvo una profunda preocupación por el país, reflejada en su obra y en sus obras.

Mi bisabuelo materno, Ignacio Pirovano, fue una figura representativa de la Generación del 80 (su biógrafo, el doctor Vacarezza, lo llamó “El Cirujano del 80”) y hay que ver con qué fervor patriótico escribía desde París, donde perfeccionaba sus estudios, refiriéndose a adelantos científicos que anhelaba traer al país para contribuir a su progreso.

Pues bien, pese al carácter ambiguo de nuestra cultura, lo cierto es que la Argentina imprime carácter y eso se refleja en la producción cultural de sus hijos. Para ilustrar lo que digo suelo señalar que hay pocas cosas menos definidas que un pueblo de la provincia de Buenos Aires: la misma estación ferroviaria construida por los ingleses; las mismas casa de ladrillo visto alzadas por alarifes italianos; la misma municipalidad de estilo futurista; la misma iglesia vagamente neogótica; los mismos *paráisos* podados con saña; la misma estación de servicio pintada de escarapela (pintada ahora de *verdeamarelo* como la camiseta de la selección brasilera); la misma plaza con bancos de listones, centrada por el monumento a la madre, de Perloti; las mismas calles barridas por el pampero; el mismo club social y deportivo donde se toma vermouth y se apuestan novillos a la generala o al monte criollo. Sin embargo, digo, pese a la indefinición que caracteriza a un pueblo de la provincia de Buenos Aires, basta verlo para saber que se trata de un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Y lo identificaríamos como tal aunque estuviera plantado entre las colinas de Escocia o en las Landas de Aquitania.

Con nuestra cultura sucede lo mismo. Porque, en efecto, hay un cierto estilo argentino, aunque se trate de un estilo discreto, de medios tonos y convenciones tácitas. Pero característico y reconocible. Al menos en literatura y en pintura, que son disciplinas que conozco un poco mejor. La Argentina, repito,

imprime carácter. Un carácter ambiguo y diluido pero peculiar. Que confiere incluso al extranjero o al hijo de inmigrantes que se afinsa en esta tierra. Paul Groussac era francés. Y sus libros fueron bien argentinos. Fernández Moreno se educó en España. Macedonio Fernández y Roberto Arlt eran auténticos *recienvenidos*. Como Leonardo Castellani y los pintores Della Valle, Ripamonte, Collivadino o Quinquela, que se escribía Chinchela.

De modo que, pese a mis dudas, me inclino por admitir que haya una cultura argentina. Que se parece mucho a la misma Argentina, un país respecto al cual cabe preguntarse si ha terminado de fraguar como nación. Y, aunque indudablemente sea conveniente contribuir a que la Argentina fragüe como nación, respecto a la materia que estoy tratando quizá sea oportuno preguntarse si también es conveniente terminar de forjar una cultura argentina, reforzando sus características y acentuando su personalidad. A eso voy.

### III

¿Conviene, en efecto, contar con una cultura propia, con una cultura nacional? ¿O, por el contrario, se trataría de renunciar a ello y, diluyendo perfiles propios, sumergirse en las aguas de una cultura universal, planetaria y uniforme?

Plantear esta disyuntiva no es una fantasía caprichosa, aunque lo parezca. Porque la posibilidad de que se consolide una cultura universal no sólo existe como planteo utópico y como fantasía literaria sino, especialmente, como contingencia planteada en los hechos, derivada de la perspectiva de aquello que se ha dado en llamar *La Aldea Global*.

Es verdad que, cuando Kissinger o Brzesinsky formulaban la posibilidad de un *Nuevo Orden Mundial*, no incluían la cultura dentro del mismo y hasta la excluían expresamente, señalando que el orden propuesto respetaría las peculiaridades propias de las diversas comunidades involucradas en él. Sin embargo, pese a tales salvedades, es evidente que un orden de alcance planetario, impulsado por potencias hegemónicas, inevitablemente traerá aparejada una creciente homogeneización cultural al difundir por el globo la cultura de la potencia rectora.

No es esto, insisto, una mera especulación teórica. Basta mirar en torno para verificar que el fenómeno está en pleno desarrollo. Escuchemos la música que oyen los jóvenes del mundo, sus ritmos, sus letras, los instrumentos empleados para ejecutarla. Observemos cómo se visten esos jóvenes, uniformados por sus *bleu jeans*, sus zapatillas deportivas y sus gorritos de *pitchers*. Reparemos en el diseño de los carteles publicitarios, en el idioma de las frases destinadas a vender productos de consumo masivo. Y en la naturaleza de tales productos (hamburguesas, gaseosas, teléfonos celulares, series de televisión). Detengámonos en el novísimo idioma creado por la cibernética y difundido por Internet. Analicemos también expresiones más evolucionadas de la cultura, como ser las fórmulas políticas de acatamiento obligatorio, la concepción vigente de los Derechos Humanos, la tendencia a establecer verdades cuyo único fundamento sea estar basadas en el consenso. Todo lo cual nos estará indicando que efectivamente se está concretando la posibilidad de una cultura planetaria, cuyas principales características responden a la de las naciones que rigen el mundo. Y si no me creen, interroguen sobre el particular a los deudos del coronel Gadhafi.

Es verdad que, incluso en el Primer Mundo, se están multiplicando las protestas contra ciertas expresiones del orden planetario. Basta reparar en las multitudes que se declaran “indignadas” para comprobarlo. Pero dichas propuestas, por el momento, resultan caóticas y contradictorias, no estando siquiera en claro si pretenden un reemplazo de la situación vigente o desean más de los mismo, eso sí, con una mayor participación de los protestatarios. De *Mayo del 68* quedaron pocos rastros, pese a que sus consignas resultaban más inteligentes que las enarboladas actualmente.

Pero, en todo caso y fuere cual fuere la suerte que corran las rebeliones de los *indignados* y el tenor de sus exigencias, creo que sabemos de qué estamos hablando cuando nos referimos a las pautas de la Aldea Global. De modo que de lo que se trata es de formular un juicio de valor a su respecto. O sea de opinar y tomar partido en cuanto a considerar buena o mala la perspectiva de un mundo uniformado conforme a las referidas pautas. Decláramos, en una palabra, partidarios o adversarios de ese tipo de cultura, expansiva y homogeneizante.

De tal toma de posición surgirá, *a contrario sensu*, la postura que hayamos de adoptar en lo que se refiere a la conveniencia de forjar o robustecer una cultura nacional, propia, y a las características que propongamos para la misma.

Si aceptamos la oferta cultural que se nos presenta para ser instalada en el mundo, no vale la pena esforzarse por contar con una cultura nacional diferente a ella. Si, por el contrario, nos desagrada esa oferta, el camino para oponerse a su expansión planetaria será robustecer una cultura propia. Cuyos rasgos habrá que delinear.

## IV

Ante la disyuntiva expuesta prefiero la cultura argentina a la de la Aldea Global. Prefiero esta cultura nuestra, ambigua como un pueblo de la provincia de Buenos Aires y como la misma República Argentina, en contraposición a la cultura que va definiendo al Nuevo Orden Mundial. Que es una cultura de verdades contingentes y establecidas por consenso, de religiones intercambiables, de la fealdad admitida en el plano de las Bellas Artes, del encumbramiento de antihéroe, de la involución respecto a las reglas literarias, de abdicar la noble facultad de censurar ejercida por las autoridades civiles y religiosas, de la familia promiscua y acéfala, del matrimonio por un rato, de la abolición de las fronteras nacionales y, consecuentemente, de la virtud del patriotismo, del coraje presentado como machismo, de la autenticidad antepuesta a la autoexigencia, de la poesía sin música y de la música sin melodía...

Si esa es la cultura de la Aldea Global, no me cabe duda en cuanto a que prefiero la cultura nacional, la nuestra, la argentina... Pero, eso sí, en tanto resulte diferente y contrapuesta a aquélla.

Y aquí es donde surge una duda angustiosa: ¿resulta muy distinta la cultura argentina actual de la inherente al Nuevo Orden Mundial? Me temo que no. Y, aquejado por ese temor, arribaré a las conclusiones finales de este trabajo.

Cautelosamente, midiendo cada paso, procurando equivocarme poco, diría lo siguiente:



I – En contraposición a la cultura que informa el avance hacia un Nuevo Orden Mundial, conviene fortalecer una cultura argentina.

II – Cabe optar por ella conforme a dos motivos: a) por una razón de autenticidad, pues es la que respondería mejor a nuestra índole, a nuestro temperamento, a nuestra tradición, a nuestros paisajes y a nuestra Historia. b) por una razón táctica, pues ofrece mayores perspectivas de éxito librar la lucha en el campo circunscripto de la propia tierra que intentar hacerlo en escala internacional (es más fácil empezar por aquí, con ánimo expansivo).

III – Sin embargo se trata de fortalecer la cultura nacional en tanto resulte diferente y mejor que aquella difundida por el Nuevo Orden Mundial. Y, para ello, será necesario proceder a una cuidadosa selección de sus componentes, subrayando sus mejores aspectos y redefiniendo sus contenidos y propósitos.

Lo que propongo, en una palabra, es que tengamos el coraje de practicar un juicio de valor respecto a la obra de nuestros artistas e intelectuales, analizando cuanto tenga de rescatable y desalentando cuanto tenga de censurable. El coraje de señalar lo bueno y lo malo que tengan un libro, una película o un cuadro. El coraje de colocar una obra en el lugar debido. Que, en algún caso, podría ser el tacho de basura. Donde yo colocaría, por ejemplo, la producción de León Ferrari. ¿Es esto discriminar? Desde luego, ya que la discriminación es una de las facultades más eminentes que posee el espíritu humano. Y vuelvo al principio de esta exposición para justificar lo que digo: el cultivo agrario no incluye criar yuyos ni plantas dañinas. A los yuyos y a las plantas dañinas se las arranca. Y, con tal fin, hay que empezar por conocerlas e individualizarlas. Eligiendo entre el cereal y el chamico.

IV – Establecida la conveniencia de contar con una cultura propia y delineadas sus características, conviene dedicar un párrafo a aquello que, elusivamente, se ha dado en denominar *diversidad cultural de los pueblos originarios*. A la que sería preciso respetar, según surge de la nueva denominación impuesta al Día de la Raza.

Alcanzado este punto, es preciso advertir que nada tiene que ver la *cultura nacional* con la atribuida a los *pueblos originarios*. Porque la cultura argentina deriva de la traída aquí por España y no es tributaria de los rudimentos culturales indígenas. ¿Por qué son así las cosas? Sencillamente porque los indios, al llegar Colón, apenas habían superado la Edad de Piedra, desconocían el lenguaje escrito, los rudimentos del Derecho y el uso de la rueda, amén de rendir culto a oscuras deidades sanguinarias que, en muchos casos, exigían se les tributaran sacrificios humanos.

Y ocurre que las culturas superiores absorben a las inferiores. Motivo por el cual una cultura derivada de la griega y la romana, y que florecería en el *Siglo de Oro* español, absorbió a la que hallaron los conquistadores al pisar tierra americana, tomando de ella sólo algunos detalles y matices.

V – Más o menos aclarado qué debe entenderse por *cultura nacional*, quiero poner fin a este trabajo señalando la responsabilidad que nos alcanza respecto a difundirla. Tarea que cabe considerar como un deber para los argentinos que hayan recibido de lo alto la vocación y la aptitud requeridas para actuar en el campo cultural.

Tal vez resulte oportuno recordar que poseer una vocación no es privilegio reservado a curas y monjas o, en todo caso, a médicos y periodistas como algunos suponen. Vocación tenemos todos. Cada uno la suya. Hay, en efecto, una vocación de sacerdote. Pero también una de soldado, de banquero, de poeta, de jugador de fútbol, de político, de campesino. Y de investigadora o de ama de casa. Que, sin ser incompatibles entre sí (hay investigadoras que son amas de casa y soldados que son poetas), indican las aptitudes de cada uno y constituyen un indicio claro de cuál es el cometido que la providencia les ha asignado.

De manera que, como corolario de cuanto antecede, se puede sostener que, efectivamente, los argentinos convocados por su vocación para ello deben consagrarse a la tarea de redefinir la cultura nacional y procurar su difusión. Obligación apremiante, encaminada a contrarrestar la marea perniciosa que se extiende por el mundo globalizado que nos rodea.

¿Qué perspectivas de éxito ofrece esta tarea urgente? No lo sé. Pero tampoco importa mucho saberlo. Lo que se nos pide es afrontarla, cada cual conforme a sus posibilidades, desde una posición ventajosa o desde un pequeño reducto, hablando, escribiendo, asumiendo el oficio de cómicos de la legua ( de *saltimbanquis del pensamiento*, como definí alguna vez a quienes practicamos este arduo cometido). Y ello para evitar que se apague una antorcha que ha sido puesta en nuestras manos. Para que no se extinga el pabilo que humea. Así habremos cumplido nuestra parte. Que nos es poco decir.